



FAMILIA GERMANA

un buen partido, manifestaba al padre ó tutor de la jóven cuánto se proponia dar por ella, y si ambas partes se conformaban, el comprador satisfacía al punto la suma fijada, en cuyo caso le entregaban la mujer como esposa legítima, ó bien se estipulaban anticipadamente la compra y el precio; y estos eran los únicos esponsales, aplazándose para mas tarde el acto del matrimonio; es decir el pago del precio convenido. La moneda, ó mejor dicho las especies con que nuestros antecesores compraban sus mujeres, reducíanse á bueyes, caballos y armas; en la época de la emigracion de los pueblos, pagábase tambien en metálico, lo cual prueba que la mercancía femenina costaba bastante cara, sobre todo si consideramos cuán superior era entonces el valor del dinero en comparacion del que tiene hoy día. En la tribu de los alemanes, una jóven casadera valia hasta cuatrocientos *schillings*, ó sea mas de cinco mil reales de nuestra moneda.



CAZA DEL OSO

El casamiento no tenia por lo tanto en Germania nada de romántico; era un negocio; solo se consideraban legítimos los matrimonios contraidos por medio de la compra. Pero por grande que sea la fuerza de la ley y de las costumbres, en todo tiempo ha existido y existe algo mas poderoso: el corazon humano con sus sentimientos y sus pasiones. Por eso tenemos desde la mas remota antigüedad alemana una verdadera novela amorosa, la cual demuestra que no siempre se compran las mujeres, y que no siempre se consideró el matrimonio como negocio. El héroe de esta novela es el mismo Arminio, que libró á su país del yugo romano, y que no compró, sino robó su noble esposa Thusnelda á su padre Segesto, cuando ya estaba prometida á otro. Arminio, Thusnelda y su hijo Thusnélico tuvieron, no obstante, un fin trágico, dando así razon á la ley y la costumbre.

El casamiento germano no se efectuaba sin algunos regocijos; despues de haberse satisfecho el precio de compra en presencia de los testigos de ambas familias, presentábase la novia al novio. Su cabello, hasta entonces flotante, estaba recogido bajo una gorra, en señal de que habia perdido ya su libertad de soltera, costumbre de que proviene el proverbio aleman: «venir bajo la gorra,» que las muchachas emplean en vez de la palabra casarse; y su cinturon tenia por adorno un llavero, pues debia guardar los objetos que su esposo le confiara. A su lado iba

un joven con una espada desnuda en la diestra, que el padre ó tutor entregaba despues al novio, porque este debia ser en adelante tanto protector como dueño de la vida de su esposa. Esta costumbre se conserva todavía entre los labradores de Suabia, donde la novia se presenta igualmente acompañada de un joven llamado *brautfuhrer* (conductor de la novia). El novio ponía despues un anillo en la mano izquierda de la novia, y la calzaba zapatos; el primero era para indicarla que siempre debia recordar que habia sido comprada, pues los anillos de metal eran el mas primitivo objeto de trueque y la moneda mas antigua de los germanos; los segundos tenian por objeto hacerla comprender que en adelante su existencia dependeria de la voluntad de su esposo.

Si se nos permitiese hacer una deducción respecto á las formalidades observadas en el casamiento de los germanos del norte, diríamos que en los desposorios no faltaba tampoco la bendición religiosa, pues al terminar el solemne acto depositábase un martillo en la falda de la novia; este instrumento era el arma del dios de los rayos y de los truenos, Donar, y servia para indicar á la novia que el rayo vengador del dios la castigaria si faltaba á la fidelidad conyugal. A estas solemnidades seguía la comida de boda, que en las casas ricas duraba muchos días; despues se engalanaba la novia con todos los adornos que los padres, hermanos y otros parientes la regalaban, y conducíanla con alegre acompañamiento á la casa del novio.

La mujer era una propiedad comprada, un objeto del marido; este la podia tratar cual si fuese una esclava, pegarla, venderla y hasta matarla cuando la creyese infiel. La adúltera convicta sufría unos castigos bárbaros: en algunas partes hacíanla correr á latigazos y desnuda por todo el pueblo; en otras ahogábanla en un pantano, y en no pocas se la ahorcaba, ó se la mataba á hachazos, ó bien la quemaban. La mujer tenía á su cargo la mayor parte del cuidado de la casa, que comprendía sobre todo la confección de vestidos para la familia y los criados. Estos vestidos se hacían con lana de carnero, lino y pieles de animales; por espacio de mucho tiempo se redujo el traje de los hombres á una blusa y un manto de piel mas ó menos gruesa segun la estación, pues la ropilla y los pantalones se inventaron mas tarde. Por lo regular los hombres llevaban la cabeza descubierta, pero en caso de guerra se ponían unos yelmos fabricados con cráneos de animales salvajes, conservando en lo posible su forma. Tanto á las mujeres como á los hombres agradábanles los adornos.

El dueño de la casa solía dormir hasta muy entrado el día; despues de levantarse se lavaba, tomaba un baño y consagraba mucho tiempo á peinarse el cabello y la barba, pues eran los distintivos de su condición de hombre libre. Los cosméticos para el cabello no eran del todo desconocidos de nuestros antecesores, usándose sobre todo una especie de jabón, que servía para teñir cuando la naturaleza no habia producido un color rubio dorado, cual convenia al noble y al hombre libre. Despues de terminar su tocado, engalanándose con sus adornos, es decir el collar, los brazaletes y los anillos, el señor de la casa se ocupaba en satisfacer su primera necesidad con un abundante almuerzo; hecho lo cual cogía las armas y salía para evacuar sus negocios, dignos siempre de un hombre libre. Cuando no habia guerras, ocupación principal de los germanos, dirigíase al bosque para cazar, ó bien daba un paseo por el campo á fin de inspeccionar los trabajos de sus litos y siervos.

Entre tanto la esposa se ocupaba con las criadas en los quehaceres de la casa, en el granero

y en la cuadra; en todas partes prestaba su ayuda; manejaba el huso y la lanzadera, y hacia otros trabajos de aguja. Fácil es de comprender que las mujeres no tenían nada que envidiar á los hombres en cuanto al aseo y cuidado del cuerpo: su traje era sencillo y honesto, aunque ya conocían el uso de los adornos; agradábanles los anillos, cadenas y alfileres, y sabían ornar sus vestidos con franjas rojas ó tiras de piel; la camisa de hilo que llevaban, muy larga, llegábales hasta los tobillos, pero dejaba libres los brazos, la nuca y la parte superior del pecho: este era el único vestido que la germana usaba en casa. Para salir á la calle se ponía sobre la camisa una especie de toga en forma de manto, que se sujetaba por las puntas sobre el pecho con un alfiler. Sin embargo no pasó mucho tiempo sin que se comenzara á llevar entre la camisa y el manto un tercer vestido, una túnica con mangas que llegaba hasta las rodillas, sujetándose sobre las caderas con un angosto cinturón, de modo que se marcasen las formas del cuerpo.

Nuestras antiguas madres estuvieron libres, segun parece, de un quehacer que ocupa mucho á las mujeres de hoy día: no debían cuidarse de la cocina ni de la bodega, ni de la comida ni de la bebida, por lo menos en las casas en que no faltaba del todo la servidumbre; por poco que hubiese alguna comodidad, ni la mujer ni las criadas atendían á la cocina, de la cual se ocupaban solamente los mozos. No se crea, sin embargo, que el alimento fuese demasiado primitivo, pues nuestros antecesores sabían distinguir ya muy bien entre lo bueno y lo malo tanto en el comer como en el beber, aunque los manjares fueran sencillos. Los antiguos germanos conocían varias clases de trigo; elaboraban pan de avena y de cebada; tenían caza y pesca; pero preferían la carne de cerdo y de caballo á toda otra; comían huevos, rábanos, zanahorias, acederas y otras legumbres; tenían leche, manteca, queso y miel; y bebían copiosamente, quizás con exceso, cerveza y agua-miel: en las fronteras de las colonias romanas obtenían vino por medio del trueque. El condimento principal de la antigua cocina alemana era una sal natural que se fabricaba vertiendo agua salobre sobre una brasa de encina y evaporándola así.

La familia germana debia hacer por sí misma todas las herramientas y enseres que exigen las necesidades de la vida, y que mas tarde le proporcionaron los oficios y el comercio. Los dueños de casas pobres eran herreros, carpinteros ó maestros de obras; los ricos, en cambio, tenían entre sus litos y siervos hombres que trabajaban en estos oficios, mientras que otros servían de panaderos, zapateros y alfareros. En cada casa habia además una molinera especial, es decir la criada que ponía en movimiento el molino. No debia pasar sin embargo mucho tiempo sin que estos oficiales domésticos llegasen poco á poco á ser públicos, obteniendo junto á la agricultura una posición mas y mas independiente. La profesión mas apreciada y digna también de un libre, era la de armero ó platero; si estos se distinguían en su oficio, gozaban de gran estima y favor entre sus compañeros: en el mundo de la fábula, uno de estos artistas, Wieland el herrero, era venerado como semi-dios. En los códigos de los germanos correspondientes á la época de la emigración de los pueblos, é inmediatamente despues, hablábase ya de artesanos litos que trabajaban para otros en provecho de sus amos: tal fué el principio de los artesanos alemanes como gremio.

No podemos suponer que una comunidad de hombres que habia pasado del salvajismo á la civilización existiera sin comercio ni tráfico: de creer es que ya en tiempos remotos habria en Germania un comercio interior primitivo, pues eran numerosos los objetos para el trueque, la